

060. ¡Cómo nos cuida Dios!

Dice Jesús unas palabras en el Evangelio que llaman la atención: *Mi Padre trabaja siempre*. Pero, ¿y en qué se ocupa Dios? ¿Es que no acabó ya obra de la creación y se tomó el descanso por todo lo que había hecho?...

Y, sin embargo, eso de Jesús nos lo atestigua la misma ciencia. Sin un Dios que conserve y cuide del mundo, el mundo no podría desarrollarse, ni mantenerse, ni tan siquiera existir.

Valga por todos los testimonios la afirmación de un gran físico suizo:

- Si algo aprendí en tantos años de estudios, fue la convicción de que Dios actúa incesantemente. Su mano lo ha creado todo; su ojo vigila todo el universo.

Jesús, con las comparaciones inigualables de los pájaros que comen sin sembrar ni haber cosechado..., de las flores que sin hilar ni tejer se visten mejor que un rey..., de los cabellos de nuestra cabeza que están todos contados uno por uno..., nos dice con gritos de su alma: *¡Tened fe en Dios, que os cuida! ¡Confiad en Dios, que os ama!...*

Dios creó el universo, y sin cansarse, pero sin detenerse nunca, sigue a cada criatura en su desarrollo hasta llevarla a su perfección, de modo que cumpla el fin para el que fue creada.

Aunque Dios trabaje con toda seriedad, ese trabajar de Dios es como jugando. No le cuesta nada. Diríamos que es como para entretenerse, aunque lo hace todo con fines altísimos.

Con mano pródiga y generosa va derramando su favor y su gracia sobre todas las cosas, porque Dios todo lo ha hecho en grande y todo lo da con desinterés, sin que el egoísmo se mezcle para nada en su generosidad. Mira la utilidad que cada cosa puede prestar al resto de la creación, y la cuida como si no tuviera otra de la cual preocuparse.

Todas las cosas van siguiendo su curso, guiadas por la inteligencia de Dios. Caminan como las saetas del reloj, al que Dios da cuerda cuando conviene o le pone una pila que no se gasta. El universo se parará definitivamente cuando Dios quiera, y será, como nos enseña nuestra fe, para transformarlo y hacerlo digna y definitiva morada de los elegidos en la gloria futura.

Y con ser tan intensa esta acción de Dios, nadie la nota, porque Él lo hace todo en silencio, sin llamar la atención de nadie. Y eso que Dios actúa en cada salida del sol, en cada aguacero, en cada flor que se abre, en cada pájaro que vuela, en cada insecto y en cada microbio...

Somos nosotros los que en una contemplación atenta para alcanzar más amor a Dios, discurrimos sobre todo lo que vemos y admiramos, para estallar gozosos en alabanzas al Señor, *que es admirable en todas sus criaturas*.

Todo esto que vamos diciendo nos lleva ciertamente a admirar a Dios y a gozarnos en Él, pero nos conduce también a obrar conforme a lo que Dios quiere de nosotros y que nos manifiesta con modos tan suaves, tan dulces, tan delicados en la providencia que tiene sobre todas las obras de la creación.

Ante todo, nos damos cuenta de que Dios no quiere actuar solo, sino que nos pide, impone y exige nuestra colaboración. La Biblia lo dice en la primera página: *Dios puso*

al hombre en el paraíso para que lo cuidara. La creación no está acabada, sino en curso de perfeccionamiento. Y Dios entonces nos ordena: ¡A trabajar! ¡Todos a trabajar, cada uno en su puesto!

La ley del trabajo es una exigencia de Dios que no nos podemos echar de encima. Por eso, el trabajo lo tomamos como una colaboración nuestra que le prestamos a Dios. Si Él nos lo impone con amor, también nosotros realizamos con amor y por amor a Dios nuestro trabajo de cada día.

Al considerar esa acción constante de Dios en cada criatura, ya se ve que no tiene consistencia alguna la creencia en el horóscopo, en las cartas, en la adivinación de los espiritistas y en cosas semejantes... Quien tiene fe en la providencia de Dios adquiere una madurez grande, y todas esas cosas las considera entonces como juegos un poco necios, que no dicen con la seriedad de su vida.

Jesús en el Evangelio nos insiste, sobre todo, en la confianza con que debemos abandonarnos a la bondad de Dios. Esta confianza se halla expuesta, ciertamente, a la prueba. ¡Nos salen a veces tan mal las cosas! ¿Y cómo armonizar entonces nuestra fe en la providencia de Dios nuestro Padre con la catástrofe que se nos ha echado encima? Ha llegado el momento de fiarnos de Dios.

Esta lección es tan divina como humana. Así le pasó a Napoleón, que se pasea un día por el mercado para conocer la opinión de la gente, y se encuentra con una verdulera que le dice sin tapujos: *¡Haga la paz, haga la paz! Porque no pueden seguir por más tiempo las cosas tal como van.* Napoleón agradece semejante franqueza, pero responde comprensivo: *Buena mujer, venda sus legumbres y sus lechugas, y déjeme hacer a mí lo que he de hacer en el gobierno de Francia. Cada cual según su profesión.*

Bien dicho por Napoleón. ¿Y podremos replicar a Dios cuando no entendamos muchas de las cosas que Él hace o permite sólo para nuestro bien?...

Cuando queremos hablar de Dios Creador y de su providencia, acudimos a la Biblia y nos encontramos con los textos a montones.

San Pedro nos aconseja: *-Descargad en su amoroso seno todas vuestras preocupaciones, pues Dios tiene cuidado de vosotros (1P,5,7).*

Y lo del salmo, que no nos cansamos de cantar: *El Señor es mi pastor, nada me puede faltar (22)*

¿Cómo nos puede faltar algo, con un Dios y Padre que nos ama?...